

EL TIEMPO EN LA POESÍA ESPAÑOLA¹

La preocupación temporal es sentir nuestra vida, devorada día a día por la lima implacable del tiempo, y aparece una y otra vez en la poesía española, en cálida hermandad con el tema de la muerte.

A lo largo de toda la literatura española corre, soterrada unas veces, a flor de tierra otras, una profunda vena senequista. Jorge Manrique, Garcilaso, la novela picaresca, Cervantes, fray Luis de León, Gracián y, en nuestra época, Antonio Machado, van delatando la presencia del pensamiento de Séneca. Todos ellos, con uno u otro acento, van repitiendo el mensaje estoico, que hace de la virtud supremo fin, que pone como escudo la resignación en el desamparo de la vida y hace de la muerte el trago supremo que hemos de afrontar sin proferir una queja. Este sentido senequista, que sitúa al hombre en el centro de todas las preocupaciones y hace de él el valor supremo, explica, en parte, el profundo sentido humanista de la literatura española, en la que reina siempre, como diría Unamuno, el hombre de carne y hueso.

Con Séneca se aprende a no descomponer el alma ni el cuerpo cuando el dolor y el infortunio azotan. De él se reciben lecciones, lecciones para la vida, aprendiendo a adoptar una posición serena, resignada ante la muerte. Él nos hace mirarla cara a cara, desechando toda sombra de eternismo o inmortalidad.

Por eso Unamuno era tan antisenequista y el mismo Machado, cuando sentía sobre sí todo el peso de la preocupación unamu-

¹ Publicado en *Revista de la Universidad Michoacana*. Morelia, Mich., 29, enero-febrero de 1953.

nesca, se rebela también contra el gran cordobés, llamándole maliciosamente “torero de la virtud”.

El pensamiento de Séneca es una constante invitación a tomar conciencia de nuestra condición mortal de aceptar la imposibilidad de desarraigarnos de ella. Pero la muerte, nos dirá, no es un límite lejano al que nos vamos acercando, sino algo que nos acompaña en vida: “Morimos todos los días, porque todos los días perdemos parte de nuestra vida, que también disminuye cuando crecemos”.

El tiempo aparece en Séneca dividiendo vida y muerte. Tiempo y muerte, por un lado; tiempo y vida, por otro. En el centro, como linde, el tiempo; de ahí su tremenda fugacidad.

Séneca se queda siempre con el presente. Sobre él gravita la vida con toda intensidad. El pasado, por eso, es ya el rostro mismo de la muerte.

La vida va dejando un lastre muerto, y el tiempo inexorable la empuja, con forzosidad de la ley natural, a la muerte final y definitiva.

A las limpias aguas del senequismo irán a beber los poetas españoles cada vez que les acosa el desaliento; cada vez que el suelo de la esperanza se hunde bajo sus pies. De él se nutrirán los grandes tópicos de la poesía española; la fugacidad del tiempo, la vida como camino de la muerte, la irreversibilidad del tiempo, la llegada inexorable de la muerte.

Pero Séneca les dirá también que no hay tal brevedad de la vida si se sabe administrar el tiempo; que debe desecharse el temor a la muerte porque “cuando un mal es inevitable, temerle es locura”.

Pensemos en la muerte, sí, viene a decirnos el gran cordobés, pero hagámosla cosa nuestra.

Hacer la muerte cosa nuestra, algo pegado a nuestra propia vida, como la carne al hueso, he ahí lo que dice Séneca a sus azorados contemporáneos, en el umbral de la muerte del mundo antiguo. Hagamos la muerte cosa nuestra, repiten hoy con desesperado ademán filósofos y poetas, en el umbral de la muerte de otro mundo.

La vida como camino, desplegada en el tiempo, marchando hacia la muerte, y el sabio, parándose a meditar, haciendo de la vida misma un arte de bien morir. Éste es el mensaje de Séneca, cuya luz no se apaga y que con diverso brillo aparece, una y otra vez, en la poesía española.

Como ha demostrado magistralmente Pedro Salinas, el tema de la fugacidad del tiempo es uno de los lugares comunes de la poesía medieval española. Elevándolos a la cima más alta de la poesía está Jorge Manrique.

Manrique no es sólo el poeta que ha sabido dejar en su poesía la huella del tiempo, como Machado nos dice al compararlo con el acento intemporal del barroco, sino que es, ante todo, el poeta del tiempo, el poeta que hace de él tema y problema de su poesía.

El todo pasa, el tiempo que todo lo deshace y reduce a la nada conduce al desprecio de los bienes mundanos. Manrique quiere que se tome conciencia de la temporalidad para encontrar en esa reflexión desoladora la fuerza que ha de llevarle a la conciencia de eternidad.

“El cualquier tiempo pasado fue mejor” no hay que entenderlo como una idealización de lo ya vivido, sino como un acentuar los tintes del pasado, para que lo que ha de venir pierda más aún su fuerza. No está en el presente, sino en el futuro, la salvación del poder corrosivo del tiempo, porque pasado, presente y futuro están hechos de la misma madera, de la madera de la temporalidad.

La salvación hay que lograrla saliéndose del carril del tiempo. Ahora bien, es imposible salir de él en esta vida. Queramos o no, estamos inmersos en la corriente del río que ha de desembocar en el mar. Aquí, en este mar inexorable de la muerte, nuestro tiempo termina, y con él abandonamos la corriente movедiza de lo contingente para tocar el cielo inmutable y sereno de la eternidad.

Hemos de saltar hasta el barroco para encontrar nuevos y profundos poetas del tiempo. Como Góngora, que nos invita a tomar conciencia de la fugacidad, deteniéndonos, para librarnos de ella, en el placer del momento, incitándonos a prolongarlo, a

apurar hasta el máximo el presente, antes de que se torne pasado y con él en muerte:

Goza cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fue en tu edad dorada
oro, lirio, clavel, cristal luciente,

no sólo en plata o viola troncada
se vuelva, más tú y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

En la rosa ven los poetas de este tiempo, Francisco de Rioja, también Góngora, Calderón y sor Juana Inés de la Cruz, la imagen misma de la fugacidad de la vida. Dice Francisco de Rioja:

¿Cómo naces tan llena de alegría,
si sabes que la edad que te da el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?

Y en la “Epístola moral a Fabio” reaparece la famosa metáfora del “río de la vida, que va a parar a la mar, que es el morir”:

¿Será que pueda ser que me desvío
de la vida viviendo, y que esté unida
la cauta muerte al simple vivir mío?

Como los ríos, que en veloz corrida
se llevan a la mar, tal soy llevado
al último suspiro de mi vida.

Hasta en un poeta, que es la encarnación de la vida misma, como Lope de Vega, el rostro se ensombrece al examinar en una calavera el paso del tiempo:

Aquí la rosa de la boca estuvo
marchita ya con tan helados besos;

aquí los ojos de esmeraldas impresos,
color que tantas almas entretuvo.

Pero el gran poeta del tiempo es Quevedo, en el que aparecen todos los grandes temas que, siglos más tarde, agobiarán a Antonio Machado: la fugacidad del tiempo, la vida como río que desemboca en la muerte, la irreversibilidad del tiempo (“el tiempo, que ni vuelve ni tropieza”); el tiempo, eterna sucesión de pasado, presente y futuro:

Ayer se fue, Mañana no ha llegado,
Hoy se está yendo sin parar un punto;
soy un fue y un será y un es cansado.

La vida con la muerte en su propia entraña:

Vivir es caminar breve jornada,
y muerte viva es, Lico, nuestra vida,
ayer al frágil cuerpo amanecida,
cada instante en el cuerpo sepultada.

De nuevo la metáfora del río manriqueño:

Antes que sepa andar el pie, se mueve
camino de la muerte, donde envió
mi vida oscura; pobre y turbio río
que negro mar con altas ondas bebe.

Pero también el ademán seguro, senequista, al enfrentarse con la muerte:

Breve suspiro, y último, y amargo,
es la muerte forzosa y heredada;
mas si es ley, y no pena, ¿qué me aflijo?

Y en otro espléndido soneto, la muerte aparece como coronación del vivir y ordenando la vida misma:

Llegue rogada, pues mi bien previene;
hálleme agradecido, no asustado;
mi vida acabe, y mi vivir ordene.

El tiempo está, en consecuencia, como viva preocupación en los poetas españoles del Siglo de Oro, sobre todo en el barroco. Pero este tiempo cuyo paso inexorable lamenta el poeta, cuyo andar implacable acerca la vida a la muerte, es un tiempo objetivo, común a todos, un tanto abstracto. El tiempo del poeta se disuelve en este mar de tiempo, en que se ahogan todos los tiempos íntimos, subjetivos. Para encontrar la destrucción de la objetividad del tiempo, y con ella su interiorización en el alma del poeta, hay que llegar al romanticismo.

Preguntémosnos, pues, ¿cómo han sentido el tiempo los románticos?

Si reparamos en la poesía de un poeta romántico tan representativo como Bécquer, advertimos, en primer lugar, una máxima impresión de temporalidad con un mínimo de elementos temporales, o sea, ausencia de adverbios y de adjetivos en función temporal. Es lo que encontramos en estos versos, que todos sabemos de memoria:

Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueño tal vez olvidada
silenciosa y cubierta de polvo
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarla!

A pesar de esta economía de elementos verbales, la impresión de temporalidad es profunda.

Pero, ¿qué tiempo es éste que marca el poeta?

Es forzoso que leamos la rima XLIII para que nos demos cuenta de cómo el poeta destruye la objetividad del tiempo:

Dejé la luz a un lado, y en el borde
de la revuelta cama me senté
mudo, sombrío, la pupila inmóvil
clavada en la pared.

¿Qué tiempo estuve así? No sé; al dejarme
la embriaguez horrible de dolor,
expiraba la luz y en mis balcones
reía el sol.

Ni sé tampoco, en tan terribles horas,
en qué pensaba o qué pasó por mí;
¡sólo recuerdo que lloré y maldije,
y que en aquella noche envejecí!

Hay en este poema algunos elementos temporales: “expiraba la luz”, “reía el sol”, “aquella noche”. Son elementos temporales objetivos que no señalan el tiempo del poeta. Por eso, cuando éste pregunta: “¿Qué tiempo estuve así?”, estos elementos no le sirven para percatarse del tiempo, que es el suyo propio, intransferible, radicalmente íntimo. Pero después torna la mirada hacia adentro y exclama, con el tiempo apresado en las mallas de su subjetividad: “¡sólo recuerdo que lloré y maldije, / y que en aquella noche envejecí!”

Ahora podemos comprender la pobreza de elementos temporales en la poesía de Bécquer. Ellos sólo sirven para fijar el tiempo de todos, no “su tiempo” en que está sumergida su alma, sus personales sufrimientos.

Este tiempo subjetivo es el que no vuelve más. El otro es el que se repite a través de la escala del pasado, presente y futuro. El tiempo subjetivo no tiene futuro. Vive prolongado en el recuerdo como un presente eterno.

Esto es lo que hallamos en su famosísima rima LIII, de la que leeremos las dos primeras estrofas:

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y, otra vez, con el ala a sus cristales
jugando llamarán;

pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha a contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres...
ésas... ¡no volverán!

Con el “volverán”, el poeta señala la vuelta del pasado que tornará hecho presente, para tornarse a su vez futuro, como escalones de una eterna cadena. Es el tiempo objetivo que vuelve. Con el “¡no volverán!” rotundo, el poeta expresa la irreversibilidad irremediable del tiempo subjetivo.

Este tiempo íntimo oscila siempre entre el pasado y el presente por la vía del recuerdo o el sueño. Por eso cuando, en otra famosa rima, el poeta piensa en su muerte, encontramos estos versos finales:

¿Quién en fin, al otro día,
cuando el sol vuelva a brillar
de que pasé por el mundo,
quién se acordará?

Lo que más desazona al poeta no es saber si alguien se sentará a la orilla de su lecho o quién cerrará sus párpados aún abiertos, o quién murmurará una oración en su funeral. Lo que más teme es que falte el recuerdo, porque sabe que su pasado, su tiempo, su tiempo íntimo, sólo se salvará por el recuerdo. Y con el recuerdo, el sueño, en el que parece como si el tiempo detuviera su paso.

No es el sueño, como siglos antes diría un poeta, “imagen espantosa de la muerte”. El sueño, al parar el tiempo, ahuyenta la

muerte y nos sumerge en la verdadera vida. Por eso, al morir llama el poeta despertar; o también “sueño en que acaba el soñar”.

En la rima LXXI, el poeta asciende por la escala del sueño hasta alcanzar un mundo inefable. En todo el poema se trasluce la atmósfera de ese mundo entrevisto o soñado, un mundo con las agujas del reloj inmóviles, en que el poeta goza de una nueva y verdadera vida. Y al despertar, la idea de la muerte asoma de nuevo, realizándose, una vez más, la conjunción sueño-vida y despertar-muerte:

Entró la noche, y del olvido en brazos
caí, cual piedra, en su profundo seno:
dormí, y al despertar exclamé: “¡Alguno
que yo quería ha muerto!”

El poeta ha dado un tajo en el corazón del tiempo y éste ha quedado partido por la mitad. Por un lado, permanece detenido, inmóvil en el sueño, en tanto que por otro, está asido, entrañado en la muerte misma.

A hombros del recuerdo, el pasado auténtico se instala una y otra vez en nuestra alma, aunque el poeta haya de sufrir sus rabiosas mordeduras:

Como enjambre de abejas irritadas,
de un oscuro rincón de la memoria
salen a perseguirme los recuerdos
de las pasadas horas.

El recuerdo abre una herida dolorosa, inevitable en la piel del presente, al impedir que el pasado se perpetúe como pasado. El recuerdo no trae al romántico goce. Recordar es sufrir. ¡Qué lejano está del “cualquier tiempo pasado fue mejor” de Manrique!

El recuerdo es dolor, pero el olvido es algo más que la aniquilación del pasado, es la muerte misma. Mientras hay evocación, o recuerdo del tiempo, el tiempo del poeta vive. El olvido borra

el tiempo, deja en vilo, sin cimiento, el alma, y al borrar el tiempo, no aflora la vida, sino la muerte misma. Por eso Bécquer ha dicho en un verso definitivo: "Donde habite el olvido, / allí estará mi tumba".

O sea, donde falte el tiempo, allí estará mi muerte.

Y éste es el giro peculiar que el sentimiento del tiempo toma, con Bécquer, en el romanticismo.

El tiempo, brazo ejecutor de la muerte, decía con razón Quevedo. Pero también, dice Bécquer, signo, horizonte, aire de la vida. Al recordar, vivimos. Olvidando, damos vida a la muerte misma.

Esto es lo que Bécquer callada, íntima, silenciosamente dejó dicho en su poesía.

En Antonio Machado, legítimo descendiente de la poesía recatada, sin torceduras ni esguinces, sin gritos ni cautivadoras voces, la preocupación temporal es evidente desde sus primeros versos.

En *Soledades*, poemas escritos entre 1899 y 1902, casi una década antes de que asistiese a los cursos de Bergson y tres o cuatro decenios antes de que tuviera conocimiento de la filosofía de Heidegger, escribe un breve y densísimo poema:

Al borde del sendero un día nos sentamos.
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
son las desesperantes posturas que tomamos
para aguardar... Mas Ella no faltará a la cita.

En estos versos el tiempo aparece con su doble faz: una mirando a la vida, otra a la muerte. A la vida, porque vivir es insertarse en el tiempo, ya que al nacer somos lanzados a su irrefrenable corriente. A la muerte, porque nos revela la cercanía de ella, la muerte que no faltará a la cita. Vida y muerte aparecen así atadas, codo con codo, por el bramante inexorable del tiempo.

Años después escribe otro poema, "A Narciso Alonso Cortés, poeta de Castilla", en el que el tiempo aparece muy quevedescaamente como una alimaña que todo lo corroe y que nada deja.

Sólo el poeta lo afronta y lo vence. El alma del poeta triunfa sobre el tiempo.

Pero reparemos en el abismo que separa a ambas concepciones del tiempo. En la primera, el tiempo acerca inexorablemente la muerte a la vida y ante aquélla sólo podemos intentar un desesperante cambio de postura. En la segunda, el poeta no se limita a esperarla, sino que encuentra en sí mismo el arma para vencerla, triunfando sobre el tiempo, aliado de la misma muerte.

Machado en sus poemas logra lo que él exige de toda verdadera poesía: una profunda huella de temporalidad.

Como Bécquer, va apresando el paso de un tiempo concreto, inconfundible, mediante la adecuada utilización de diversos procedimientos temporales:

En una huerta sombría
giraban los cangilones de la noria soñolienta.
Bajo las ramas oscuras el son del agua se oía.
Era una tarde de julio, luminosa y polvorienta.

Pese a que el artículo “una” parece estar para acentuar la vaguedad, la indeterminación, el lector tiene la impresión de que se habla de una tarde única, radicalmente singular.

En Machado se encuentra, a cada paso, esta referencia a un tiempo concreto, pues sabe muy bien que lo genérico y abstracto intemporaliza la poesía. Machado es maestro en el arte de apresar lo temporal. En el poema “El viajero” asistimos a la vuelta del hermano, “que en el sueño infantil de un claro día / vimos partir hacia un país lejano”.

La atmósfera de temporalidad está plenamente lograda. El presente se yergue girando sobre el gozne de un pasado vigoroso, encendido.

El poeta de *Soleadas* torna, una y otra vez, los ojos de su alma sobre lo que no ha de volver. El hilo del recuerdo se engarza con el pasado muerto. Pero mientras el futuro deja abierta la puerta a la esperanza, el pasado no deja resquicio alguno:

Este amor que quiere ser
 acaso pronto será;
 pero ¿cuándo ha de volver
 lo que acaba de pasar?

El poeta goza, sin embargo, con esta vuelta de su mirada espiritual hacia atrás, porque el pasado que trata de revivir es claro, luminoso. Pero el pasado no vuelve. Sólo el poeta puede reverdecerlo por medio del recuerdo.

Y con el recuerdo, la evocación. Una piedra, una nube, un árbol, una mosca que revolotea a su alrededor, tienen la virtud de llamar a su alma y de despertar en ella viejas páginas olvidadas y removerla, infundiéndole una vida que el pasado, al parecer, se había tragado.

En *Soledades*, lírica íntima, callada, becqueriana, el tiempo es el tiempo del poeta. Su poesía no está en el tiempo, sino en su tiempo. Como nuevo Protágoras, parece decirnos: “mi tiempo es la medida de todos los tiempos”.

Pero dejemos sus *Soledades* y abramos *Campos de Castilla* para leer versos como éstos:

¡Qué importa un día! Está el ayer alerta
 al mañana, mañana al infinito,
 hombres de España, ni el pasado ha muerto,
 ni está el mañana — ni el ayer — escrito.

En sus *Soledades*, el poeta nos dice que el pasado está muerto, que el ayer está escrito, que no pasa dos veces y que sólo el recuerdo, la evocación, la nostalgia o el sueño pueden revivirlo.

Y ahora nos dice que el pasado vive y sigue abierto. Y vive con la particularidad de que no modela el presente, de que no lo fija y menos aún el futuro. Cada tiempo está abierto a nosotros como un tesoro de posibilidades.

¿Cómo ha podido surgir ese sesgo de la preocupación temporal machadiana? Ha surgido a consecuencia de la ruptura del

poeta con el subjetivismo anterior, donde su tiempo era, por decirlo así, el tiempo de todos los tiempos.

El poeta va a orientarse ahora hacia una poesía de comunión, una poesía que sea vínculo entre los hombres. Entra en su poesía el dolor, la tristeza y la esperanza de los demás hombres.

La poesía es un diálogo con el tiempo, pero no sólo con mi tiempo, sino con el tiempo en que estoy inmerso con otros hombres.

Empieza así a objetivarse el tiempo en su poesía, a desaparecer los signos temporales que lo iban atando a la particularidad existencial del poeta.

En *Campos de Castilla* ya no hallamos la profusión de referencias temporales, las formas verbales que frondosamente iban apresando el tiempo del poeta.

Esta objetivación del tiempo se ve, con toda desnudez, en el poema "Los olivos", donde el árbol secular se yergue sobre todos los tiempos, desprendido de la intimidad del poeta.

Y la misma ausencia de intimidad temporal encontramos, tal vez más agudizada, en *Nuevas canciones*, libro posterior al que pertenecen el poema "El viaje" y el soneto "Eso soñé".

En *Soledades*, el sueño es el arma de que dispone el poeta para hacer que el tiempo vuelva. En este poema de *Nuevas canciones* ("Eso soñé"), el sueño es el arma que empuña el poeta para que el tiempo, aliado de la muerte, pierda su corporeidad y sea sólo sueño:

Esto soñé. Y del tiempo, el homicida,
que nos lleva a la muerte o fluye en vano,
que era un sueño no más del adanida.

Hemos pasado del tiempo rescatado por el sueño al tiempo, convertido él mismo, en sueño.

La preocupación temporal está como sustrato de la poesía de Antonio Machado.

¿Cuáles son las raíces de esta preocupación?

Se ha insistido, con cierta ligereza, en la influencia que la filosofía de Bergson pudiera haber ejercido sobre Machado,

tomando en cuenta que las ideas recogidas por Machado de labios del propio Bergson, en el curso que siguió en la Sorbona, hubieran echado raíces en su obra misma.

Ahora bien, este curso fue dado en 1910 cuando la concepción machadiana del tiempo, su preocupación temporal, se mostraba ya madura en su libro *Soledades*.

Machado fija la mirada en Bergson cuando ya sus ojos habían encontrado en sí mismo la dimensión verdadera y profunda de su alma. Pensó, sin embargo, el propio Machado, que Bergson venía a justificar su concepción poética del tiempo.

Con todo, ¿el tiempo bergsoniano tiene la misma cara que el de Machado?

No pretendemos negar toda conexión entre Machado y Bergson. Indudablemente, hay cierta afinidad con el intuicionismo de Bergson, que proclama al mismo tiempo la incapacidad de la inteligencia para captar la corriente de la vida, el tiempo cualitativo, la dimensión temporal de la existencia, que no pueden medir los relojes. La intuición por otra parte como un captar, un ver que no divide ni analiza, que no detiene el *fluir* de la vida en conceptos fijos, hace decir a Machado, en su *Juan de Mairena*, que lo "poético es ver", que "la poesía, aun la más amarga y negativa, era siempre un acto vidente, de afirmación de una realidad absoluta, porque el poeta cree siempre en lo que ve cualesquiera que sean los ojos con que mire".

Pero Machado no nos dice que la intuición bergsoniana sea el método con que el filósofo deba acercarse a la realidad. Piensa como poeta y lo que nos dice es que ese método, con que Bergson pretende enterrar a la razón, es el método típico de la faena poética. Lo que para Bergson es principio de su filosofía, es para Machado de su poética.

Además, la concepción bergsoniana del tiempo no le sirve a Machado, pues en tanto que para el filósofo francés el pasado es un fardo muerto, inoperante, para Machado "lo pasado es lo que vive en la memoria de alguien, y en cuanto actúa en una

conciencia, por ende incorporado a un presente y en constante función de porvenir”.

Y esto que Machado expresa conceptual y tardíamente en su *Juan de Mairena*, está poéticamente expresado desde sus primeros versos:

¡Alegría infantil de los rincones
de las ciudades muertas!...
¡Y algo de nuestro ayer, que todavía
vemos vagar por estas calles viejas!

Ese “todavía” machadiano, que obsesivamente se repite, es un mirar el pasado desde el presente, prolongando su vida, haciendo que incluso lo conforme y engendre.

El pasado está tan vivo que podemos sentir sus latidos en las venas del presente. Pero este pasado, por supuesto, no tiene nada que ver con ese pasado, panteón de acontecimientos, que es el que suele interesar a los historiadores.

Pero el pasado, para Machado, no es sólo materia viva que interrumpe en el presente y lo modela, sino que él mismo es moldeable. Es como dice el propio Machado: “materia de infinita plasticidad, apta para recibir las más variadas formas”, y nos aconseja una incursión en nuestro pasado vivo, “hasta convertirlo en una verdadera creación vuestra”.

Y esto es lo que Machado hace en su poesía. En efecto, su visión de la infancia, de sus claros días infantiles, ¿no está moldeada por el presente, desde el cual la evoca?

Se trata, pues, de un doble juego. Del pasado al presente, cabalgando a lomos del recuerdo, y del presente al pasado, por medio de nuestra propia creación.

El pasado es punto de partida y de llegada, una estación en la que nuestra alma se detiene constantemente, nunca un cementerio de hechos como cree Bergson.

No hay que salir de España para encontrar afinidades con la preocupación temporal de Machado. Pensamos en Azorín y Unamuno.

Azorín trata de encontrar el latido del tiempo en la presencia de las cosas calladas, pequeñas: el gesto de un labriego, la despedida en una estación, en un atardecer. El tiempo no pasa sin dejar huella, pese a su fugacidad, y va dejando señales luminosas, que los ciegos no ven, pero que el poeta descubre y le sirve para rescatar del olvido el tiempo esfumado, perdido.

El poder de evocación nos devuelve lo que creíamos enterrado en la memoria y nos hace experimentar la misma emoción del tiempo que habíamos experimentado.

Volver al pasado para que no se petrifique. Pero ¿cómo lograr esto? Haciendo que corra por las venas del presente mismo. Esto es lo que hace Machado. Azorín sigue otro camino.

Para impedir que el pasado pase, hace de él un presente ilimitado, intemporal. El tiempo, que fluye inexorablemente y que deja su huella en las cosas, está para Azorín en un presente eterno, estático, clavado, inmóvil; un presente fuera del tiempo.

Ahora bien, en el tiempo fugitivo hay algo que permanece y dura, algo que desafía al tiempo:

Pasarán siglos, pasarán centenares de siglos: estas estrellas enviarán sus parpadeos de luz, luz a la tierra; estas aguas mugidoras chocarán espumeantes en las rocas; la noche pondrá su oscuridad en el mar, en el cielo, en la tierra. Y otro hombre, en la sucesión perenne del tiempo, escuchará absorto, como nosotros ahora, el rumor de las olas y contemplará las luminarias eternas de los cielos.

Es la fórmula antibecqueriana: "Pasará todo, sí; pero esto, no pasará".

Azorín está muy lejos de la desesperación unamunesca. Su visión del tiempo no está enraizada en la creencia en una vida perdurable, más allá de la muerte. Viene de una fe en la dignidad y grandeza de la vida terrena, única para él.

El tiempo es inexorablemente fugitivo. Es inútil que intentemos apresar su entraña misma. Sólo cabe fijarlo, clavarlo como una muerta mariposa con el alfiler de nuestra evocación o burlar

su arrancada o su gazeo constante con la muleta de la poesía. ¡Y qué buen muletero del tiempo es Azorín!

Machado no comparte este juego azoriniano que consiste en burlar el tiempo, vaciando su entraña misma, fundiendo el presente, pasado y porvenir en un presente intemporal, inoperante, estático. Y siguiendo con los símiles taurinos, diremos que a Machado no le gusta este toreo de parón en la lidia del tiempo, como tampoco aplaude ese salto azoriniano de la barrera, que tanto hace meditar a don Antonio.

Y, sin embargo, no deja de sentirse seducido por la evocación azoriniana, por esa maestría suya para aislar un detalle, para hacer un corte breve en la corriente del tiempo y borrar su aire fugitivo.

Leamos el poema "A orillas del Duero", sobre todo sus últimos versos:

El sol va declinando. De la ciudad lejana
me llega un armonioso tañido de campanas
—ya irán a su rosario las enlutadas viejas—.
De entre las peñas salen dos lindas comadreja;
me miran y se alejan, huyendo, y aparecen
de nuevo, ¡tan curiosas!... Los campos oscurecen.
Hacia el camino blanco está el mesón abierto
al campo ensombrecido y el pedregal desierto.

Anotemos como elementos azorinianos el presente intemporal, la expresión ceñida, el detenerse en el pormenor, el amor por las cosas intrascendentes — ¡esas comadrejas tan curiosas! —. El poeta ha fijado el tiempo, lo ha encerrado, apresado. Pero hay algo en estos versos, algo que marca la resistencia de Machado a dejarse ganar plenamente por esta intemporalización. Es ese "me" ("me llega", "me miran"), dos veces incrustado para abrir una profunda herida en la intemporalidad.

Pero la huella de Azorín no se pierde por entero. Años después de *Campos de Castilla* leemos en un soneto famoso:

Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.

¿Hay algo más azoriniano? Como Azorín, quiere salvarse del paso fugaz y singular del tiempo eternizando el tiempo o más bien destemporalizándolo, que también es una manera de evadirse de él.

¿Qué debe Machado a Unamuno?

Para Unamuno la preocupación temporal queda vinculada al problema central de todo su pensamiento: su ansia de inmortalidad, su afán de eternizarse:

¡Gracias, Señor, voy a morir al cabo;
gracias te doy, Señor;
no más del tiempo que nos mata esclavo,
libre por el amor!

El tiempo aparece aquí como un poder esclavizador del que la muerte viene a liberarnos, aboliéndolo y abriendo las puertas de la eternidad.

Sólo la muerte libera al hombre del tiempo y le pone cara a cara con la eternidad. Pero ¿es posible, en esta vida, evadirse del tiempo o hay que resignarse a permanecer en este suceder temporal?

“Vive al día, en las olas del tiempo, pero asentado sobre tu roca viva, dentro del mar de la eternidad; al día en la eternidad es como debes vivir”.

En estas palabras, que pertenecen a los primeros pasos de su obra, eternidad y tiempo no se contraponen. La eternidad se revela en el tiempo. El cauce de esa revelación es la vida humana. Hay que buscar la eternidad, nos dice Unamuno, dentro del “breve curso perecedero” de nuestro vida.

Vemos que la eternidad, no el tiempo, es lo que preocupa a Unamuno. Pero esta concepción de la eternidad no se mantiene

a lo largo de su obra. Años más tarde, la eternidad se le revela como un halo que sobrecoge y habla de “la terrible eternidad” y del “abismo pavoroso de la eternidad”.

Lo que le lleva a esta desoladora conclusión, en sus afanes eternistas, es el descubrimiento de que “la eternidad no es porvenir”. Generalmente, la eternidad es imaginada como un porvenir que jamás se agota. Unamuno invierte los términos y se la imagina como una vuelta del tiempo hacia atrás, inagotable, insondable. Lo que sobrecoge a Unamuno es esta preeminencia del pasado, esta eternidad vuelta del revés, esta ausencia de verdadero porvenir. Porque para Unamuno el pasado, a diferencia de Antonio Machado, es lo que ya no admite creación ni enriquecimiento.

La muerte es terrible, sobre todo porque eterniza nuestro pasado y apaga para siempre nuestro porvenir. Pero ¿es posible que la muerte sólo sea eso? ¿Será la frontera tras la cual nos hundimos en un pasado irremediable o será la puerta abierta a un porvenir no amenazado, al fin, de deshacerse a cada momento en pasado?

He ahí el problema crucial para Unamuno.

Con razón o sin ella, llevando el pragmatismo hasta las últimas consecuencias, Unamuno se aferra a la creencia en la inmortalidad del alma, en la abolición del tiempo, de su continuo hacerse y deshacerse.

¿Qué tiene que ver Machado con todo esto?

Es evidente que el irracionalismo de Unamuno hace estragos, a veces, en el alma lúcida de Antonio Machado. También él se hace cuestión aguda de la muerte y rechaza las voces veladas que le aconsejan tirar por la borda lo que le desazona. No, dice Machado. Hay que encararse con la muerte y no tratar de saltársela a la torera, como pretendía el inocente de Epicuro. Y una vez que la tenemos ante sí, y que estamos cara a cara con ella, hay que tragarse la amarga verdad de nuestra finitud.

De lo temporal sale disparado Unamuno hacia la eternidad. De lo temporal sale Machado con su resignada y serena aceptación de lo temporal.

Posición cristiana, la una; estoica, la otra. Por eso, Machado pudo dirigir a don Miguel el suave reproche de antisenequista.

Hay, sin embargo, momentos en que Machado se deja ganar por el irracionalismo de Unamuno. Es cuando la muerte de su esposa, esa mujer que recorre calladamente toda la poesía de Machado, sacude el alma del poeta con la desesperación de haberla perdido para siempre. ¿Para siempre?, se pregunta, sin duda, Machado en el retiro de su soledad soriana. Y con la pregunta nace débilmente un afán de eternidad, un afán desesperado de ver nuevamente a su amada. Y su amor, que no su fe, ni su razón, lleva a su alma por vericuetos extraños a su verdadero pensamiento.

Y si Unamuno se ha inventado un dios y se ha sacado de sí la inmortalidad, porque no le da la gana de morir, ¿por qué él no ha de alejarse de la fría negativa de la razón y construirse una inmortalidad que le permita ver nuevamente el rostro de su Leonor? Pero Machado no es un irracionalista consecuente como Unamuno y duda, vacila y acaba consumiéndose en la amarga verdad de la muerte y de la temporalidad.

Machado se queda con su pragmatismo a medio camino, entre la fría razón, que tanto despreció Unamuno, y la fe que no dejaba piedra sobre piedra, a fin de que una nueva arquitectura se acomodara a su ansia de inmortalidad. Y sus afanes eternistas se hunden contra la roca viva del tiempo, que es su vida y también la dimensión de su muerte.

Y para terminar preguntémosnos qué sentido tiene esta preocupación por el tiempo que aparece en la poesía y en la filosofía, sobre todo en épocas como la nuestra, que se caracteriza por una profunda desazón temporal. Poética y filosóficamente se insiste en la radical finitud de la existencia humana. Aceptando la temporalidad como la raíz misma de la existencia, la angustia aparece como el sentido de ella y la muerte como su realización. Pero no siempre el hombre ha hecho una preocupación primordial de su finitud; no siempre se ha sentido como algo cuya vida es devorada día a día por el tiempo.

El griego se sentía firme en su cosmos ordenado y regido conforme a la razón. Estaba tan bien trabada su visión del mundo que no quedaba rendija alguna para que el tiempo y la muerte sacudieran su seguro armazón. Tampoco sintieron esa preocupación temporal los filósofos y poetas del XVIII, que expresaban las aspiraciones de una clase pujante, victoriosa.

Cuando el hombre se siente seguro de sí, pleno, gozoso, lleno de ímpetu creador, fortalecido por su confianza en la razón y en el progreso, no hace de la finitud humana y el tiempo preocupación esencial.

La meditación sobre el tiempo, el aferrarse a la temporalidad de la existencia humana, la presencia obsesionante de la muerte, es fenómeno propio de crisis histórica. Significa que algo se va, que algo muere, que unos valores están en trance de perecer. La razón se repliega y entonces florece la duda, la angustia, la desesperanza, toda la variada vegetación del irracionalismo y, con ella, la frondosidad de la temporalidad y la muerte.

No es casual que fueran los estoicos, filósofos nacidos de la crisis del mundo antiguo, los que descubrieran, en realidad, la temporalidad del ser humano. Y no es casual que esa preocupación aparezca reiteradamente en la poesía española si se toma en cuenta la profunda huella que el estoicismo ha dejado siempre en el alma de España.

Pero la preocupación temporal que domina hoy, como expresión de la crisis histórica, que encontrará su desenlace en el hundimiento de un mundo caduco, moribundo, no es la del estoico. Éste, como Antonio Machado, conservaba su dignidad ante la muerte. Por eso, nuestro gran poeta supo afrontarla, “desnudo de equipaje”, entre aquellos hijos de su pueblo que durante cerca de tres años habían sabido mirarla cara a cara.

La preocupación temporal que domina hoy entraña el más profundo pesimismo, la impotencia de abrazarse a un ideal, la capitulación de la razón ante las fuerzas más oscuras y mutiladoras del hombre, la negación del sentido mismo de la existencia humana. Sirve de alimento al más desenfrenado irracionalismo,

en estrecha alianza con un sombrío pesimismo, con la negación radical de la posibilidad de resolver las contradicciones que desgarran al hombre de nuestro tiempo.

No es extraño que la fatiga, el desengaño, la desesperación de una clase decadente y moribunda lleve a ciertos filósofos y poetas a construir un arte de bien morir. Ellos hacen lo que les corresponde. Están al borde de un abismo y su actitud no puede ser otra que la del lamento y la desesperanza.

Pero ese abismo no se extiende los pies de todos los hombres. Los hay que tratan de que el ímpetu, la fuerza del pensamiento, los más nobles sentimientos, el vuelo de la esperanza dominen sobre la muerte misma.

En el coro atormentado de nuestra época hay voces que hablan de la tarea común de elevar al hombre, voces que disuenan aún, pero que mañana —no lo olviden los jóvenes— se escucharán, como un canto de amor y esperanza, en la más espléndida armonía.